

TRES PETICIONES
A LA REINA
DEL INFIERNO



1

Marla y Zufi, las reinas regentes del Infierno, mantenían desde hace ocho años una disputa sin sentido, viviendo más como compañeras de piso que como amantes y, en consecuencia, Marla estaba irritable y Zufi, aburrída.

Los demonios y los psicopompos que les servían caminaban sin hacer ruido (o, si podían, flotaban sobre el suelo por completo) y los muertos andaban inquietos, incluso dentro de sus paraísos personales. En el mundo mortal de allá arriba, las manzanas silvestres y los zarzales se multiplicaban, los gansos atacaban a los gatos sin provocación previa, y nubes oscuras se congregaban de modo siniestro tan sólo para escupir unas pocas gotas de lluvia antes de dispersarse.

Cada reina no tenía duda alguna de que era la otra la que debía disculparse primero, pero las reinas son tercas por necesidad, y ninguna de ellas estaba dispuesta a tragarse el orgullo a cambio de paz. Sin embargo, Zufi se aburría tanto como para mirar más allá de la mesa donde desayunaba (que se parecía a un feo tronco de un enorme árbol petrificado porque era el turno de Marla de escoger la decoración), y dijo:

—Voy a abrir los senderos, los pasadizos y los trenes secretos —rompió la yema de su huevo y la vio correr por el plato rumbo a las patatas al romero, y esperó a que su esposa rompiera su largo silencio.

Marla dio un trago al café amargo y puso una cara a juego.

—Nos invadirán mortales idiotas queriendo cumplir misiones idiotas.

—Supongo que tengo que recordarte lo que significa ser mortal, pero ha pasado tanto tiempo desde que nací, y desde que pensaba en la muerte, que me he olvidado de cómo recordarlo —los cabellos rubios de Zufi formaban una corona de trenzas, sus labios tenían un tono púrpura, adoptado de una anémona marina, y llevaba un vestido de delicado encaje de espuma de mar—. Y los dioses son dioses. Deberíamos estar abiertas a las oraciones y peticiones.

Marla tenía el pelo corto y despeinado, y llevaba una vieja bata de baño color púrpura oscuro con forro blanco interior.

Había sellado los pasajes que venían desde el mundo de los vivos porque valoraba su intimidad, y había dejado de hacer caso de los rituales de los nigromantes porque los encontraba desagradables, pero se encogió de hombros.

—Siempre y cuando te hagas cargo tú de recibirlos.

—Yo recibiré a algunos y tú recibirás a los que yo no reciba.

—No quiero hacerlo.

—Los tiranos hacen lo que quieren. Las reinas saben cuál es su deber.

Marla golpeó la mesa con su taza.

—No es un deber. Es una tradición. Tratos con el diablo, peticiones, impugnaciones, hazañas de audacia y demostraciones de talento..., ¡uf! ¿por qué? Le damos a los muertos un lugar donde pasar la eternidad. Nos aseguramos de que las estaciones sigan haciendo lo que les toca. ¿No hacemos bastante?

—No del todo. No estés triste. Podrías crear algunos monstruos que custodien los pasillos. Creo que llegar al inframundo debería ser posible, pero para nada fácil.

Marla se alegró un poco.

Los monstruos de Marla eran aterradores pero, pasados cuatro meses, alguien finalmente lo logró: una mujer mortal consiguió cruzar a nado el Estigia cantando una encantadora versión a capella de *Straight Outta Compton*, que indujo a los voraces lobos-anguilas a moverse al son de la música, encantados en el agua, con su multitud de ojos cerrados. La mujer mortal se dirigió cojeando hacia el palacio (que parecía un inmenso y oxidado casco de hierro de buzo, porque le tocaba a Zufi decorar, así que todo quedaba ridículo) y se presentó en la sala del trono, goteando agua verde sobre el mármol negro y rojo.

—¿Es usted la soberana del inframundo? —preguntó la mujer antes de hincar la rodilla.

Tenía una voz encantadora y, quizá, unos veintitantos años. Su pelo era azul, y delicadas espirales tatuadas reptaban por sus brazos. Llevaba una camiseta negra desgarrada y sin mangas, un macizo collar de plata, unos pantalones de pana sucios y unas pesadas botas negras.

—No, sólo pasaba por aquí y me gusta sentarme en tronos tallados en un único e inmenso diamante —Marla miró a su alrededor—. ¡Zufi! ¡Tienes una invitada!

Un demonio de patas anchas, con cabeza de cabra y el cuerpo de mono recubierto de corto pelo rojo, entró por una puerta lateral.

—Zufi se ha ido a nadar.

—Pues ve a buscarla.

—No está en la piscina —dijo el demonio—. Está en el mar primigenio.

Marla gruñó. Zufi a veces desaparecía en el mar del caos durante días, nadaba entre las ruinas de Lemuria, la Atlántida, R'lyeh y otros parajes imaginarios haciendo carreras con megalodones demoníacos y charlando con los espíritus de calamares abisales y de otras criaturas sintientes del mar que vivían de después de su muerte. Zufi fue una bruja de la naturaleza en su vida mortal, y conservaba su inclinación hacia todas las cosas del océano.

—¡Uf! —Marla miró a la mortal. Había recorrido un largo camino, y superado terribles pruebas para llegar hasta aquí, lo cual, probablemente, debería servirle para algo—. ¿Qué es lo que quieres?

Seguía arrodillada, lo cual molestaba a Marla sin ningún motivo.

—Mi novia ha muerto. Estábamos de excursión y le picó un escorpión, que no suele ser mortal, pero...

—Levántate. Quieres que le devuelva la vida, ¿verdad? ¿Cómo se llama tu novia?

—Élodie Marie Petit.

Marla se levantó, movió sus hombros en círculos, alzó las manos como si fuera a dirigir una orquesta y toda la sala se volvió negra. La corona de hielo de Marla resplandecía arrojando una luz blanca y fría sobre la solicitante, quien miraba a su alrededor con más curiosidad que temor. Después de superar a los guardianes de Marla, no era de esperar que un poco de oscuridad le asustara. Una burbuja brillante de unos dos metros de diámetro, color arena del desierto, se dirigía hacia ellas.

—Aquí está. Muerta hace dos semanas. Veamos cómo es su vida después de la muerte.

Marla se agachó, cogió a la solicitante de la mano y caminó con ella atravesando la pared de la burbuja.

Se detuvieron en lo alto de un cañón, bajo un cielo rojo profundo. Una joven de piel oscura y pelo con rastas vagaba muy por debajo de la profunda oscuridad, las rocas y el suelo a su alrededor estaban plagados de escorpiones.

—¡Hannah! —gritaba—. ¡Hannah, ayúdame, estoy perdida!

—¿Tú eres Hannah? —le preguntó Marla.

La solicitante la ignoró y comenzó a descender por las rocas. Marla suspiró, la agarró del brazo y la sacó de la burbuja. Hannah intentó liberarse del agarrón, lo cual fue cómico, y Marla disipó la oscuridad y la burbuja con una onda.

—Eso no te iba a servir de nada. Iba a mostrarte como miss Desgraciada está pasando los mejores momentos de su vida aquí y no necesita ser rescatada, pero debe tener bastantes problemas sin resolver si esa es la vida después de la muerte que se le ha ocurrido.

Hannah miró fijamente el espacio vacío donde había estado la burbuja.

—Murió justo delante de mí. El forense dijo que debía ser alérgica...

—Tremendo. Vale. Sabes que su cuerpo no está bien ahora, ¿verdad? Por todo lo que le hacen en las funerarias.

—Fue cremada.

—Aún peor.

—¿No puede... restaurarla?

—Podría, pero tendría que ir allí y liarme con sus cenizas, y eso no es probable que suceda porque, como diosa, yo le hago cosas malas a la realidad cotidiana. La gente se vuelve loca, hay desastres, los monstruos aparecen espontáneamente, desastres. Soy radioactiva, mágicamente hablando. Pero lo que sí podría hacer es convertir un poco de caos primordial en un duplicado del cuerpo de tu novia, quizá sin problemas de alergia, meter su alma en el nuevo cuerpo y mandaros a ambas de vuelta a vivir vuestras vidas.

—¿Va a hacerlo?

—Nah. He dicho que podría, no que vaya a hacerlo. ¿Qué gano yo?

—Puedo cantar. Encanté a las bestias y a los guardianes...

—Tienen que ser vulnerables a algo, para dar una oportunidad, pero, bah. No, gracias. Tenemos, a un tal Pavarotti aquí abajo. Y a Amy Winehouse. Estamos bien surtidos de cantantes.

Hannah respiró hondo, como si fuera su último suspiro.

—¿Quiere... mi vida? Por la de ella.

Marla frunció el ceño.

—Me malinterpretas. No necesito más muertos. Tenemos de sobra. Tampoco existe ningún tipo de equilibrio que necesite mantener. Poner su alma en un cuerpo nuevo, vale, en verdad es sólo un préstamo al fin y al cabo..., ella volverá. No puedo hacer este tipo de cosas por todo el mundo, obviamente. La gente estaría aún más amontonada allá arriba, y yo nunca tendría un respiro, lo que me fastidiaría, y las estaciones se irían a la mierda. Honestamente, a la mayoría de la gente le gusta estar aquí abajo, están bien. Sus vidas después de la muerte son mejores que sus vidas originales. Élodie, no obstante..., puedo hacerlo, pero tiene que tener un coste. Soy una especie de diosa negociadora. Tienes que hacer algo por mí. Algo valioso.

—¿Como qué?

—¿Has estado alguna vez en Portland? —dijo Marla.

—Yo..., ¿en Maine o en Oregón?

—en Oregón.

Hannah asintió.

—Hay un sitio allí que tiene un helado increíble...

—¿Sal y paja?

Marla frunció el ceño.

—No me interrumpas. Yo te puedo interrumpir. No, Sal y paja está bien, pero estoy pensando en Ciudad nube. Me encantaría tomar algo de ahí.

—¿Quiere que le traiga un helado?

—No puedo ir a buscarlo yo. Si me presentara en Portland, dejaría de llover por un rato y empezaría a llover sangre, o ranas o algo así.

Hannah se quedó mirándola fijamente.

—No me lo puedo creer. Vale. ¿De qué sabor?

—No, en eso consiste, tienes que sorprenderme. Puedo conjurar helado aquí abajo, del sabor quiera, pero eso significa

que nunca me sorprende. Y si le pido a mi esposa Zufi que lo haga por mí, siempre acaba siendo algo raro y asqueroso. Una vez hizo helado de algas. Infame. No, tráeme algo delicioso. Algo que no me espere. Envuélvelo en hielo seco para que no se derrieta, y vuelve. ¡Ah!, y trae algo de tu novia, un cabello de un peine o trocitos de uñas de los pies o, incluso, una camisa bien sudada si eso es lo mejor que encuentras..., tan sólo algo de su cuerpo.

—Entonces, ¿le devolverá la vida a Élodie?

—Un trato es un trato. Los dioses tienen que cumplirlos. Ahora pírate.

Una vez que Marla estuvo segura de que Hannah andaba fuera del inframundo generó nuevos monstruos, y esta vez, hizo que todos odiaran la música.

Zufi tenía razón. Esto era bastante divertido.

Una semana después, Hannah volvió. Allí estaba, postrada en el salón del trono. Le faltaba un gran mechón de pelo y tenía sangre por toda la cara.

—A los monstruos ya no les gusta que cante —dijo.

Marla frunció el ceño.

—No, y se suponía que te atraparían con sus mandíbulas y te devolverían amorosamente escaleras para arriba. ¿Cómo los has pasado?

—Usé la espada.

—¿Qué espada?

Zufi apareció entre un resplandor de destellos, como la luz del sol sobre el agua, y se sentó en un trono hecho de coral.

—Pensé que tus monstruos eran demasiado monstruosos y no jugaban limpio, así que escondí una espada. También un hacha y un látigo.

—Ufff —dijo Marla—. Bueno, está bien, te lo has currado, Hannah. ¿has traído lo que te pedí?

Hannah se puso de pie y le acercó una nevera llena de hielo seco. Dentro había una tarrina de helado. Marla la abrió. Helado amarillo con espirales violáceas y manchas negras.

—¿Qué es esto?

—Limón con pimienta y mora híbrida.

—¡Qué horror!

Marla conjuró una cuchara (el mango tenía forma de caballito de mar porque Zufi todavía se encargaba de la decoración, buf), probó un trocito, hizo una mueca, se lo tragó y colocó el helado en el brazo del trono.

—¡Puag!

—Un trato es un trato — Zufi cogió el helado y empezó a comer con aparente satisfacción.

—Sí, lo sé. Está bien, vamos.

Marla se levantó y le hizo un gesto a Hanna para que la siguiese. Pasaron por una puerta y en seguida empezaron a bajar por una escalera de caracol. Descendieron en silencio, Hannah avanzando lentamente, claramente un poco dolorida por su terrible calvario.

Llegaron abajo después de mucho rato. Las escaleras conducían a una sala circular de piedra iluminada por antorchas. Una piscina de líquido plateado brillaba a ras de suelo.

—Tira los trozos de uñas de los pies, o lo que sea, ahí.

Hannah metió su mano en un bolsillo, sacó un mechón de pelo, y lo dejó caer en la piscina.

Marla concentró un poco sus intenciones, y el caos plateado se agitó. Pasado un momento, el cuerpo de una mujer ascendió hasta quedar flotando en la superficie: Élodie, idéntica, detalle por detalle, a lo que fue su cuerpo mortal el último día de su vida, desnuda y entera.

—Sácala.

Hannah se esforzaba por sacar el cuerpo de la piscina. Mientras lo hacía, Marla metió la mano en la piscina, lo suficiente como para mojarse los dedos, y luego los pasó por el cuero cabelludo y el brazo de Hannah. La mujer jadeaba mientras el caos se extendía y sanaba sus heridas, incluso restauró sus mechones de pelo arrancado. Hannah miró a Marla.

—Gracias.

—Normalmente soy la diosa que se ocupa del lado destructor, pero no quería que sangraras sobre mi fuente sagrada de caos. ¿Cómo vais a llevar todo eso de que haya vuelto a la vida? La gente hará preguntas.

Hannah se encogió de hombros.

—Ya pensaremos algo. Diremos que estaba en coma y que hubo un error administrativo, que cremaron a la persona equivocada... No sé. Estará viva, sobre eso no cabrá duda alguna. Ya se nos ocurrirá algo —le tocó la cara a Élodie—. ¿Por qué no está despierta?

—Eso es sólo un caparazón. Déjame verter el relleno.

Marla invocó a la burbuja de color arena, que esta vez era mucho más pequeña, no más grande que un puño, y la mandó flotando para que tocara la frente del nuevo cuerpo. La burbuja estalló y Élodie abrió los ojos, boqueó y respiró por primera vez.

Hannah empezó a besarla por toda la cara, Marla hizo un gesto con la mano y desaparecieron. Regresaron a la Tierra.

Marla subió por las escaleras, en lugar de reaparecer en el salón del trono, porque quería pensar. Cuando llegó a la tarima donde Zufi estaba sentada en su trono de coral, Marla dijo:

—Oye, lo siento, ya sabes, todo eso.

Zufi ladeó la cabeza con un ademán regio.

—Yo también lo siento.

Marla señaló la nevera.

—¿Quieres ir a tirar hielo seco en el río Estigia?

—¡Ooh!

2

Unos doce años después, Zufi interrumpió a Marla la lectura de una novela póstuma de Balzac (que escribió tan obsesivamente después de la vida como lo había hecho en vida) para decir:

—Tienes una solicitante.

Marla cerró el libro, el cual desapareció (pero se fue a su sitio), y se sentó en la hamaca de seda.

—Es el tercer mortal que llega aquí en la última década. No lo estamos poniendo lo suficientemente difícil. ¿No puedes encargarte de ellos?

—Me he ocupado de los dos últimos. Eran unos aburridos buscadores de secretos y justicia, nada divertido.

Zufi sonrió y sus ojos brillaron, literalmente. Marla sintió una oleada de afecto y lujuria. Las cosas iban bien. En el mundo de arriba, el verano era exuberante en un hemisferio, el invierno suave en el otro y el aire era más dulce de lo normal en todas partes.

Esta es toda tuya, porque antes ya fue tuya, pero al revés.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Marla, pero Zufi ya se había disuelto.

Marla subió unos peldaños atravesando una sombra y entró en el salón del trono. Como diosa, su memoria era perfecta, así que dijo:

—Eres miss Desgraciada, doce años mayor. ¿Qué estás haciendo en mi inframundo? ¿Vienes a devolver el cuerpo que te hice? No es un contrato de alquiler. No puedes cambiarlo por un modelo más nuevo.

Élodie se arrodilló con la cabeza gacha.

—Es Hannah. Ha muerto. Se produjo un incendio en un club, el techo se derrumbó y... —empezó a sollozar.

Marla se sentó.

—Vale. Bien, habéis tenido una docena de años juntas extra, así que yo te diría que fueses agradecida y todo eso. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Respondiendo a los acertijos. Ganando los debates.

—¡Oh! Eres inteligente.

Zufi seguía escondiendo espadas, escudos y otros objetos a lo largo de los pasadizos secretos, así que Marla cambió la naturaleza de sus demonios guardianes para crear barreras intelectuales. Después de todo, Zufi no podía esconder, de buen corazón, cerebros extras para los solicitantes que estuviesen de camino.

—He traído helado —dijo Élodie—. Pero me equivoqué en uno de los acertijos porque no tenía sentido: ¿Por qué un cuervo es como un escritorio?

—Ya nadie lee los clásicos —dijo Marla—. Hay como tres respuestas que mi bestia habría aceptado. Pero si no se te ocurrió ninguna, ¿cómo es que estás aquí?

Élodie se encogió de hombros.

—La criatura que me preguntó era un oso-buho gigante, y me dijo que tenía hambre, así que le di el helado de coco tailandés y me dejó pasar.

—Mis guardianes son vulnerables al soborno. Ese es el problema de crear criaturas capaces de pensar por sí mismas. ¿Quieres que devuelva a Hannah a la vida? ¿Después de que te devolviera la vida a ti? ¿No te parece que eres muy poco original?

—El hecho de que Hannah lo consiguiera prueba que hay precedentes.

—¡Oh! Vale. Echemos un vistazo.

Marla oscureció la habitación e invocó la burbuja de Hannah, que ondulaba entre el amarillo de las llamas. No era nada prometedor. Metió la cabeza, dejando a Élodie afuera, y vio lo que esperaba: fuego, devastación y Hannah trastabillando entre la humareda, gritándose a sí misma, ronca, el nombre de su amante, toda la eternidad. Marla se retiró de esa vida después de la muerte.

—La mayoría de la gente que no está destrozada por alguna terrible culpa tiene una buena vida después de la muerte. ¿Qué pasa con vosotras dos? ¿Sois asesinas de culto que os sentís mal por vuestra maldad?

—Por supuesto que no. Sólo que nos necesitamos la una a la otra. Nos hemos apoyado mutuamente en terribles tragedias. —se encogió de hombros—. Estamos enamoradas, y no podemos ser felices la una sin la otra. ¿Qué puedo hacer para recuperarla? Puedo traerle más helado.

—¿Qué? No. Tiene que ser algo más difícil. Esto es una persona resucitada tratando de resucitar a otra persona. No es el tipo de asuntos que quiero alentar. Pero mi esposa dice que si alguien llega hasta aquí debe tener una oportunidad. Así que. ¿Qué tal si cantas para mí?

Élodie levantó la mirada. Sus ojos eran oscuros, profundos y tristes.

—No sé cantar. Eso era cosa de Hannah. Yo era feliz con sólo escucharla.

—¿En qué eres buena?

—¿Proponiendo políticas de salud pública para las áreas rurales desatendidas?

—¡Ufff! No es como para echar cohetes, ¿no te parece?

—Podríamos jugar al ajedrez.

—Llévate esa mierda a Suecia y déjala ahí. ¡Oooh! Ya sé. Puedes limpiar los archivos de Augias.

—¿Qué?

—Es un chiste nuestro. Yo tenía un secretario. Es muy bueno, pero está fuera en una misión larga, y los archivos son un desastre cuando se ausenta. Envío demonios continuamente a trabajar allí pero, en fin, están hechos de caos, el caos es su naturaleza, y eso sólo empeora las cosas en ese lugar. ¿Qué me dices?

—¿Quiere que organice sus archivos?

—Eso es. Puede que te lleve un tiempo. Es algo como un contrato por obra y servicio. Sal cuando termines el trabajo y recuperarás a Hannah. Sal antes de terminar... —Marla se encogió de hombros— y volverás arriba.

—Lo haré. Desde luego.

Marla la guió por un pasillo y abrió una puerta. El interior era un vasto y oscuro almacén lleno de archivadores de cinco metros de altura organizados en filas que parecían infinitas. Los cajones estaban en su mayoría semiabiertos, y los papeles esparcidos por todo el suelo hasta una altura de unos quince centímetros.

Son ficheros de vidas mortales, en su mayoría. Algunos dossiers sobre criaturas sobrenaturales, algunos tomos y grimoarios. Vas a encontrar toda clase de sabidurías prohibidas, pero te rociaremos con agua del Lete, cuando salgas, para que lo olvides todo. Mueren al día unas ciento cincuenta mil personas, así que los archivos se van a ir amontonando.

—Yo... Es imposible. Nadie puede hacer todo eso.

Marla se encogió de hombros.

—Entonces, ¿te rindes?

Élodie le echó una mirada asesina.

—Yo no he dicho eso.

Marla cerró la puerta cuando ella entró. Encerró la sala de archivos dentro de una burbuja de tiempo dilatado y diluido, una especie de “eternidad en una hora”. Al poco rato, la puerta se abrió y Élodie salió. Era más mayor, al menos unos pocos años más, y llevaba una ropa diferente, lo que resultaba extraño. Hizo un gesto.

—Terminé.

Marla miró dentro. Los archivadores estaban ordenados, sin papeles por el suelo.

—También he instalado un sistema para archivar nueva información cuando vaya llegando.

—¿Cómo has logrado todo eso?

—En primer lugar, busqué los tomos y los grimorios. Aprendí a manipular el caos, primero lo necesario como para crear comida y ropa, luego lo necesario para conjurar sirvientes comunes.

—¿Has creado tus propios demonios?

—No tienen mentes como los vuestros, ni tienden al caos, ni piensan por sí mismos. Se parecen más a aspiradoras robot que a seres vivos. Pero saben ordenar alfabéticamente.

Marla silbó.

—De acuerdo. Mierda. Vamos a por tu Hannah.

No mucho más tarde Marla se revolvió en su ridícula cama (que tenía el tamaño y la forma de una antigua barcaza de placer egipcia, porque era el turno de Zufi) y zarandeó a Zufi.

—¿Mmmm? —dijo la esposa de Marla.

—¿ayudaste a esa peticionaria en la sala de archivos?

—Me escondí en el techo y dejé caer sobre su cabeza un buen libro sobre conjuración de espíritus simples, sí, pero primero la hice trabajar durante muchos meses subjetivos.

—Solías pasar el tiempo entre peces y rocas mojadas. ¿Cuándo te convertiste en una romántica?

—Tú me lo harás después —dijo Zufi, y se puso a hacerle cositas a Marla un buen rato.

3

Pasaron casi cincuenta años, en base a como los humanos medían el tiempo, antes de que Zufi ascendiera rompiendo la superficie de las aguas termales donde Marla se bañaba, en un afluyente del río Flegetonte. El cielo, en realidad el espacio superior de la vasta caverna metafísica del inframundo, estaba cubierto de estrellas fugaces. Se precipitaban hacia sus vidas posteriores en el mar primigenio. Eran muchas más de lo que era normal un día cualquiera. Debía haber alguna guerra o alguna clase de desastre natural. Ella y Zufi no habían estado discutiendo, pero a veces allí arriba pasaban cosas malas de todos modos: su relación era

sólo un factor más y, sobre todo, afectaba al clima. Tal vez Marla debía enviar a un demonio, o a una de las almas que tenía trabajando para saldar una deuda por alguna maldad, a investigar los acontecimientos de actualidad. Trataba de no entrometerse en los asuntos de los mortales pero, a veces, si el mundo se estaba saliendo del carril, le daba un empujoncito a ciertas cosas. Se decía a sí misma que era pragmatismo. Si los humanos se destruían a sí mismos, al fin y al cabo, ella se quedaría sin trabajo.

—Esta agua apesta a huevo podrido —dijo Zufi—. Y, además, está hecha de fuego, que no es de lo que creo que debe estar hecha el agua.

—No te atrevas a cambiarla. Es mi turno.

—Está bien. Tienes una visita. Una vieja amiga.

—¿Quién? Todos mis amigos están felizmente muertos, excepto los inmortales, y esos están en otro lado.

—Alguien a quien conoces desde hace mucho tiempo, y con quien compartes cosas importantes, si es que es no una amiga. Se llama Hannah.

Marla gruñó, y se sumergió en el agua, y emergió entre burbujas atravesando el líquido suelo de su salón del trono.

Allí estaba Hannah, mucho más mayor, y no se arrodilló. Estaba apoyada en un bastón.

—Cójala —le dijo, y le lanzó una tarrina de helado a Marla, quien la agarró en el aire.

—No es de Ciudad nube —dijo Marla—. Supongo que esa ruptura en la zona de subducción de Cascadia los dejó fuera de juego. La pospusimos todo lo que pudimos.

—Usted... No..., es casero —la cara de Hannah estaba llena de arrugas, pero su voz era tan joven y melodiosa como siempre—. Vainilla sin más, pero buena, hecha con vainas de vainilla de verdad. Últimamente cuesta mucho conseguirlas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? Se supone que esos pasadizos son casi imposibles de pasar hoy en día. No ha llegado ni un solicitante en una docena de años.

—He contratado a un grupo de expertos en trivialidades, filósofos y expertos en artes marciales para que me acompañaran —dijo Hannah—. Los he dejado al otro lado del río.

Marla resopló.

—Bien. Déjame adivinar. A Élodie le ha caído un piano encima.

—No. Cáncer. De huesos. ¿Por qué le dio un cuerpo que podía contraer cáncer?

—Le quité su alergia a los escorpiones. ¿Qué esperabas, eterna juventud e inmoralidad? ¿Por una tarrina de helado con pimienta? ¡Venga ya!

Hannah suspiró apoyándose en su bastón.

—Lo entiendo. La echo de menos.

—Seguro que sí. Estuvisteis juntas mucho tiempo. No tienes por qué saberlo, pero yo también soy viuda. Y, a diferencia de ti, yo tengo la maldición de poseer una memoria perfecta. Lo tienes fácil. Si te entristeces un poco, el dolor desaparecerá.

Hannah negó con la cabeza.

—Usted encontró a otra a quien amar. Yo no haré eso. La necesito. Nos necesitamos la una a la otra.

Marla se frotó las sienes con la punta de sus dedos.

—Mira, hay algunos precedentes míticos en los que se le ha devuelto la vida a gente que murió joven en circunstancias estúpidas e imprevistas. Me parece bien eso. De vez en cuando, es algo bonito. Pero Élodie murió de vieja, no podía dar más de sí. Si la meto dentro de una versión nueva de su cuerpo, al final volverá a tener cáncer. No voy a ponerla en un cuerpo joven y perfecto que dure para siempre, porque entonces ya no sería humana. La muerte es parte de la vida. Se me puede persuadir para que la retrase, pero no para que la detenga. Me quedaría sin trabajo.

—No me entiende, Majestad —Hannah dejó caer su bastón y con gran esfuerzo se arrodilló—. No quiero que le devuelva la vida. Yo también quiero morir.

Marla frunció el ceño.

—No es una elección falta de precedentes en tus circunstancias, pero no necesitabas venir hasta aquí para eso. Puedes morir arriba bien. Mucha gente lo hace todos los días.

—He visto cómo es la otra vida —dijo—. Vi la de Élodie y ella vio la mía. Están en burbujas. Cada cual por separado. ¿Verdad?

Marla se encogió de hombros.

—Cada alma tiene su propia isleta de caos a la que le puede dar forma a su gusto, o como dicte su subconsciente. Puede ser el

infierno, o el paraíso, o una imitación de la vida, o algo intermedio. Es un sistema sofisticado, bien autorregulado en buena parte.

Hannah negó con la cabeza.

—No quiero eso. No quiero estar separada de Élodie durante toda la eternidad.

—Mira, en tu burbuja, puedes crear una versión de ella, una versión perfecta, una que nunca tenga mal aliento, ni se tire pedos en la cama o...

Marla se calló ante la mirada de Hannah. Suspiró.

—Sí, lo entiendo. Pero, ¿qué quieres que haga?

—Métanos en la misma burbuja.

Marla se quedó mirándola fijamente. Sintió que Zufi llegaba, y se giró.

—¿Has oído eso?

Zufi asintió.

—Sí.

—Quiero decir... ¿podríamos?

—Somos reinas. Podemos hacer lo que sea, dentro de nuestro deber. Tal vez no una burbuja. Eso sería difícil. Pero dos, con una zona de solapamiento en el centro, para que pudieran tener sus propios espacios, con un espacio para las dos en el medio.

Marla imaginó un diagrama de Venn: dos círculos, entrelazados, con un espacio independiente a cada lado, y con un espacio compartido en el centro.

—Quiero decir... —miró la tarrina—. Me gusta el helado de vainilla.

—¿Lo hará? —dijo Hannah.

—¿Estás segura de que quieres morir?

—He tenido una buena vida y, sin Élodie, sé que mis mejores días han quedado atrás —tosió—. Estoy enferma, además. No tanto como ella estaba, pero es cuestión de tiempo, y no mucho.

—No apruebo esto. Me gusta la autosuficiencia. Pero tú no tienes por qué ser como yo. Así que, vale.

Marla dio un inesperado paso adelante, agarró la cabeza de Hannah y la retorció con fuerza.

El cuerpo de la anciana cayó al suelo del salón del trono. Marla miró a Zufi.

—Hace muchos años que no había matado a nadie. No con mis propias manos, quiero decir. Ya no me gusta hacerlo.

—En cierto modo ha sido tan romántico como los pétalos de rosa y las torres Eiffel y los caramelos con forma de corazón —dijo Zufi.

Marla hizo un gesto, el espacio se oscureció. Dos burbujas flotaban. Cada una tenía, aproximadamente, dos metros de diámetro: una era azul brillante, la otra marrón oscuro. Flotaban cerca. Avanzando despacio, chocaron, y se unieron hasta la mitad. El resultado fue extrañamente hermoso, una figura de doble cúpula que flotaba y giraba sobre sí misma. Marla metió la cabeza dentro, y Zufi hizo lo mismo junto a ella.

No hay fuego. No hay escorpiones. Nada de gritos. Jardines, música y gritos de alegría.

Retrocedieron y, con un gesto de su mano, Marla envió, dando vueltas, a esas vidas unidas después de la muerte hacia las profundidades primordiales junto a todas las demás vidas después de la muerte.

—Vaya dos. Son co-dependientes, eso es lo que son.

—Nos casamos en un ritual mágico que nos unió durante toda la eternidad que fuera posible —señaló Zufi—. Tal vez nosotras seamos co-dependientes. Ellas están, creo, enamoradas.

Marla se acercó y cogió la mano de su esposa.

—Podríamos hacernos palacios separados, tal vez, en vez de turnarnos para decorar este y discutir sobre eso todo el tiempo.

—¿Y un tercer palacio donde podamos estar juntas en momentos para estar juntas?

—Eso sería muy bonito.

—¿Puede que ahora sea tiempo de estar juntas?

Marla se le acercó.

—Sí. Trae el helado.